

Paralelamente, y debido a las especiales circunstancias de guerra civil en que vivió el país durante aquellos primeros años, el Partido hubo de adaptarse, en cuanto a dirección y organización a los imperativos de la vida militar. Las consecuencias de todo ello no serían menos importantes. Así, por ejemplo, el mando y la responsabilidad personales se impondrían al principio de dirección colegiada, sancionada en anteriores Estatutos, y el centralismo democrático y la electividad de los cargos, así como el principio de territorialidad iban a verse todos ellos severamente limitados. Como escribe Procacci: "El problema de la burocratización aparece en lo esencial bajo el aspecto de la militarización".

Ahora bien, el "modelo jacobino" entonces adoptado y que combinaba una máxima concentración de poder con un máximo de consenso popular era posible únicamente en períodos excepcionales como el que vivió la URSS entre 1918 y 1920. Acabada la guerra civil, se veía la imposibilidad de aplicar los módulos militares al frente económico o al político y social. Lenin hubo de plegarse tácticamente a las tesis de la llamada "oposición obrera", que exigía para los sindicatos una mayor autonomía y democracia, así como un mayor papel en el control de la economía del país. Es el momento de la NEP (nueva política económica), sancionada en el X Congreso.

La reacción, sin embargo, no tardaría en producirse y, como siempre, vendría acompañada de una nueva depuración de "infiltrados", que se traduciría a su vez en una creciente absorción de los cuadros del partido por parte del aparato estatal y, consecuentemente, en una agudización de las tendencias burocráticas y en la potenciación de los aspectos organizativos y administrativos por encima de los puramente políticos. Esta tendencia iba a acelerarse de modo extraordinario a partir de la elección de Stalin, en 1922, para el puesto de secretario general.

En vano tratará ya Trotsky de trazar una línea divisoria entre militarización (para él positiva) y burocratización estatal; inútilmente denunciará Lenin la pervivencia del viejo aparato estatal que "sólo ha sido barnizado en la superficie". Lenin por lo demás, propondrá soluciones que no harán sino acentuar los vicios estructurales que él mismo señala. No es, en efecto, la falta de democracia en el aparato estatal lo que más parece

preocuparle en ese momento, sino antes bien la falta de racionalización y de agilidad.

El propio Stalin emprenderá la lucha contra el burocratismo omnipotente, pero lo hará desde arriba, con lo que el partido se verá abocado a una valoración indiscriminada de la ideología y de la práctica tecnocráticas y del "eficientismo" como nueva religión. ¿Se trata de una aberración o se hallaba ya in nuce esta tendencia en el último Lenin?

La evolución posterior ya la conocemos: fusión del aparato estatal y del partido, que perderá sus características de organismo político y democrático para convertirse en un simple órgano administrativo y planificador. Acentuación sin límites de las tendencias jerárquicas. Limitación de las discusiones generales dentro incluso del Comité Central. Unificación y pérdida total de hegemonía de los sindicatos. Eliminación incluso física de opositores y elementos críticos, etcétera.

Todo esto aparece con didáctica claridad en el libro de Giuliano Procacci. Y tal vez radique aquí precisamente su mayor mérito: en la relación que establece entre el estalinismo y toda una serie de fenómenos —reducción periódica de las dimensiones de masa del partido, como consecuencia de las sucesivas depuraciones en su seno, miedo al fraccionamiento, culto de la productividad y de la organización científica del trabajo en el mejor esti-



Lenin, visto por Vázquez de Sola.

lo taylorista, desarrollo del principio de dirección personal— y tantos otros, de los que aquél representa no tanto una desviación cuanto una evolución en cierto modo natural y lógica. Y es precisamente todo esto, fruto de unas circunstancias históricas absolutamente irrepetibles, lo que hace que el modelo soviético sea por fortuna imposible de trasplantar. ■ JOAQUIN RABAGO.

El tiempo de la nostalgia

Simone Signoret no es una "vedette", no es un monstruo sagrado, casi no es una actriz; es sencillamente y con todo rigor, una mujer de su tiempo; y a su tiempo se enfrenta, para recuperarlo, en *La nostalgie n'est plus qu'elle était* (1). Junto a un periodista y frente a un magnetófono, la Signoret habla en profundidad, pasada la frontera de la frivolidad y de la cincuentena. Lo que dice y lo que escribe tiene múltiples lecturas: cinematográfica, política, social, cuadro de costumbres... Todas, menos una: no son unas Memorias, trufadas de anécdotas, para el amante de la gacetilla y del sensacionalismo.

Yo tengo mi lectura particular de Simone Signoret; la de un hombre que está con un pie en su generación y con el otro en la posterior. Que, vicariamente, fue viviendo lo que la Signoret y otros como ella protagonizaron en Francia. Ella nos devuelve la Francia de nuestra juventud: la de la ocupación, la liberación, la guerra fría, Argelia y la tortura, la del "bonito mayo" del 68. La Francia del "tiempo de las cerezas", dorada por el prestigio revolucionario y renovada por el heroísmo de la Resistencia. Aquellos años, allá por el decenio de los cincuenta, Francia era un mito para los adolescentes del franquismo que nos negamos a ser fascistas; pero nunca fue un espejismo.

"Casque d'or", Simone Signoret, actriz de premios incontables, no habla de sus laureles profesionales; reflexiona sobre la condición humana que, en su tiempo, fue hermosamente colectiva y generosa. En un ejercicio de humildad ejemplar, inicia su rememoración afirmando: "Cuando uno empieza a hablar de sí mismo, termina siempre hablando de los demás". Es consciente de que su tiempo fue

suyo porque lo construyeron muchas manos abiertas que nunca se aferraron al oportunismo. Esta francesa, nacida en Wiesbaden, en 1921, ha recorrido un largo trayecto: desde París hasta Hollywood, pasando por Praga, por Moscú y por otros diez mil escenarios. Pero sus recuerdos no son paisajes y naturalezas muertas; sus recuerdos son hombres y mujeres, anónimos o con apellidos famosos, que cobran nueva vida en su recuerdo. Por otra parte, la remembranza, y no es obra del azar, forma parte de nuestra Historia contemporánea; pero, como casi nunca hacen los historiadores, narrada con sencillez. Simpleza que no ahorra el optimismo cuando le llega la hora, ni la amargura cuando es inevitable. Ni siquiera le avergüenza tener que descubrir en una librería belga el alegato de Alleg, denunciador de la tortura sistemáticamente practicada por los franceses en Argelia; de allí a firmar el Manifiesto de los 121 sólo había un paso: el de la fidelidad a una convicción, el respeto por la vida humana que fue la enseña de toda una generación. La lucha generosa y arriesgada profesionalmente por los Rosenberg; la incompreensión ante el 1956 húngaro, el llanto incontento ante el 1968 checo y la amargura, dramáticamente confirmada, frente a un socialismo que no tenía el rostro humano por el que se habla combatido durante tantos años. Sólo el rostro distante, altanero y aristocráticamente oportunista de Louis Aragon.

Huelguistas de hambre sin señas de identidad universales. Hombres, como Nazim, el poeta turco, arrastrados al fragor de los años cincuenta. Mujeres, como Simone Signoret, que un mal día, a finales del mes de septiembre de 1975, hacen un alto en su vida, para escribir los nombres de cinco españoles ejecutados por el franquismo. En la memoria de Simone Signoret caben todos los olvidos; los buenos y los malos tiempos; no hay maniqueísmo en la selección: tienen cabida todas las víctimas de la intolerancia, desde Julián Grimau hasta Arthur London.

Pero Simone Signoret no es una heroína y tampoco lo pretende. Quizá en mi lectura particular, es decir, interesada, una de las cosas más sugestivas sea el canto al compromiso con uno mismo inmerso en una perspectiva concreta. En un momento de su narración exclama: "Nada hay más ridículo y más hermoso, al mismo tiempo, que un intelectual de izquierda". Oro de Moscú para unos, compañero de via-

(1) Editions du Seuil, París, 1976. 377 páginas.



Simone Signoret.

je para otros, tonto útil según los más distantes, amigo sospechoso para los más cercanos. Siempre disponible, nunca militante, en compromiso permanente con su conciencia pequeño-burguesa. ¿Por qué no? Simone Signoret confiesa, con franqueza ejemplar: "No entiendo la condición obrera; soy una pequeño-burguesa. Soy una actriz y mis problemas, los que conozco, son los de los actores". Pero siempre le movió una palanca decisiva: la solidaridad ante la represión y contra la intolerancia. Pues bien, estos pequeño-burgueses, estos compañeros de viaje, restituyeron a Francia, en su momento, la dignidad perdida. Generosamente, sin esperar nada a cambio; cuando hay que actuar, se actúa; cuando hay que protestar, se protesta. Y basta.

Simone Signoret pertenece a un luminoso batallón de las sombras. Su marcha se inició en el café de Flore y aún no ha concluido su combate por la libertad; aunque algunos hayan desertado y otros, como los héroes, estén fatigados. Pero todos conservan guardada en algún rincón la imagen de Pablo Picasso respondiendo, durante la ocupación, a unos alemanes que le preguntaban ante una reproducción del Guernica: "¿Es usted quien ha hecho esto?". "No, fueron ustedes".

Este es el tiempo recobrado por Simone Signoret; por todos los que, con ella, se comprometieron con su tiempo; y que ahora, al cabo de los años, recuperamos con toda su frescura, con toda su ingenuidad, con toda su entrega. El tiempo de Simone Signoret nunca será nostalgia; siempre estará presente en nues-

tra memoria colectiva; siempre habrá alguien que se estremece rá al oír la voz de Montand declamando el "Canto de los partisanos". ■ ROBERTO MESA.

"El regionalismo murciano"

En la primera parte de su "Regionalismo murciano" (1), el profesor Antonio Martínez Marín expone ampliamente el fenómeno regionalista en general, tanto en su aspecto histórico como en el doctrinal y legislativo, y en la segunda lo aplica al caso concreto de la región mencionada en su título —que no debe inducir a error, ya que si se tratara sólo de regionalizar una provincia, el simple cambio de rango administrativo de ésta no requeriría esfuerzo—.

Para su construcción toma como elementos no sólo las instituciones político-administrativas de la provincia de Murcia (Gobierno Civil, Diputación, municipios y entidades locales menores), sino también, y de manera destacada, las de las comarcas murcianas en materia de justicia, agricultura, educación, sanidad, orden público, comercio y urbanismo, pero enfocando especialmente la promoción regional que supone su Universidad.

Relega a segundo plano, y con razón, los criterios históricos (todas las regiones tienen su historia), culturales (ni cada uno de los cantones suizos ni Estados de

(1) Pliegos 23 y 27.

Austria tienen su propia y específica cultura) o religiosas (ya que la religión que predomina en la región estudiada es también la que prevalece en el resto de la Península) y asimismo los demográficos y de superficie, seguramente para no reincidir en el error padecido, hace siglo y medio, cuando, como escribió Ortega, "se cuadruló el sagrado cuerpo de España con una política seca y metricodecimal, creando unas provincitas todas iguales".

A la estructuración regional que plantea Martínez Marín podría agregarse, como pieza fundamental y columna vertebral de su región, el río Segura, con sus afluentes, y como lindero occidental la margen izquierda del Almazora, en recuerdo de una demarcación fluvial decimonónica, hoy vigente sólo para las Confederaciones Hidrográficas, y esto tanto porque "los ríos unen" como porque, además, las distintas vegas que originan identifican las comarcas naturales sin las que no puede concebirse ninguna región.

El estudio de M. Marín, así como el que en él anuncia sobre "La comarca de la vega baja del Segura", merece ser conocido, no sólo por la promoción regio-

nal que implica, sino también por la necesidad urgente de concienciar a los hombres de una zona de acusados hábitos centralistas, ante el problema que para ellos habrá de suponer la descentralización del resto del territorio nacional. ■ T. L. G.

CINE

En el umbral del recuerdo

A lo largo de su amplio y excelente trabajo como crítico (1), Enrique Brasó había mostrado una especial atención por dos tipos de cuestiones: las relativas a la estructura de la obra cinematográfica y a la memoria y el recuerdo humanos. Por otra parte, en su labor como guionista para televisión resultaba visible un fuerte atractivo por la literatura "fantástica" en sus diversas modalidades al adaptar principalmente autores insertos dentro de ella. Ahora, al realizar su primera película, "In memoriam", Brasó se ha mantenido fiel a este conjunto de preferencias, estableciendo una línea en continuidad entre ambas fases de su carrera.

Nos hallamos, pues, ante una obra personal, muy directamente nacida de las preocupaciones de su director, donde no existe la más mínima concesión, el menor oportunismo respecto a cualquier moda o cualquier comercialidad. "In memoriam" aparece como un film honesto a ultranza, serio, riguroso y estudiado al milímetro, lo que ya de partida le hace situarse dentro de ese grupo de raras excepcio-

(1) Realizado principalmente en "Griffith", "Revista Europa" y "Nuevo Fotogramas". Enrique Brasó (Madrid, 1948) es también autor de una importante monografía sobre Carlos Saura.

PLIEGOS 23&27



"Camada negra"

En un artículo publicado la semana anterior sobre la dificultad de estreno de "Camada negra", se incluían unas declaraciones de su distribuidor, José Esteban Alenda, aparecidas en "Diario 16"; a aquellas, el redactor de dicho diario había apostillado con unos comentarios que no pertenecían (como creemos quedaba claro en nuestro artículo) al señor Alenda. Por otra parte, "Camada negra" tiene previsto su estreno inmediato en el cine Luchana, de Madrid, ciudad a la que se limitan, de momento, las dificultades de exhibición. Puntos que deben quedar claros para un correcto entendimiento del problema, dado que, al parecer, existe la posibilidad de represalias contra el productor y distribuidor de "Camada negra" por declaraciones que nunca hicieron.